

La fuerza de la fe en María

por Jesús María Silveyra

La joven advocación continúa una tradición mariana que viene desde la colonia.

Se cumplen veinticinco años del comienzo de las Apariciones de la Virgen en San Nicolás, a la señora Gladys Quiroga de Motta. “Gladys: Mi amor de Madre se vuelca hacia mis amados hijos. En este pedazo de tierra bendita, el Señor renueva el alma; aquí, el Señor fortalece el espíritu, aquí, la Madre espera de sus hijos el nacimiento del hombre nuevo, para hacerlo crecer con un corazón abierto, un corazón limpio y merecedor de las bondades del Señor”, le decía María en un mensaje de mayo de 1987. Si bien el Vaticano, no se ha pronunciado oficialmente sobre los acontecimientos, estos gozan de un decidido apoyo por parte de los obispos argentinos, dentro del marco de las llamadas “revelaciones privadas”. Conviene aclarar que, para la Iglesia Católica, a diferencia de lo que sucede con la “revelación pública” (Biblia y Magisterio), los fieles tienen absoluta libertad para creer o no en ellas. El Catecismo dice que “a lo largo de los siglos ha habido revelaciones llamadas privadas, algunas de las cuales han sido reconocidas por la autoridad de la Iglesia. Su función no es la de completar la Revelación definitiva de Cristo, sino la de ayudar a vivirla más plenamente en una cierta época de la historia”.

Un 25 de septiembre de 1983, Gladys tuvo el primer encuentro con María y desde entonces no cesó el cambio en su vida, ni en esta ciudad industrial recostada sobre las riberas del Paraná; las mismas en donde, unos pocos kilómetros río arriba, el general Manuel Belgrano izó por primera vez la bandera nacional, para cuya confección tomó como referencia los colores de la Inmaculada. El prócer, además, tenía una especial devoción por Nuestra Señora del Rosario (advocación originaria de Europa, cuya imagen, diferente a la de San Nicolás, fue traída a Buenos Aires en 1585) y por esa razón el rezo del Santo Rosario era común en su tropa. “Hijos: Sabéis que os hablo, que estoy muy cerca de vosotros, deseo que estéis vosotros cerca de mi Corazón”. Veo una bandera celeste y blanca, es nuestra bandera y otra más grande, toda azul, es un azul claro. Le pregunto por qué veo esas banderas y me dice: “Es que Yo protejo a tu país, protejo a la Argentina. Este mensaje es para tu pueblo”. (mensaje de agosto de 1985).

Fue en San Nicolás de los Arroyos —la “ciudad del Acuerdo” que en 1852 permitió sentar las bases de la organización nacional y allanó el camino para el dictado de la Constitución de 1853—, donde la Madre de Dios se hizo presente por vez primera en el país en forma de “apariciones” a una vidente y dando “mensajes”, en los que había como una triple relación con otros acontecimientos marianos a nivel mundial. En primer lugar, el llamado a la conversión y a la oración, en especial del Santo Rosario, tejiendo una línea de continuidad con lo que había ocurrido sin grandes palabras en Lourdes, y más explícitamente en Fátima y Medjugorje. En segundo lugar, el pedido de acuñar una medalla, que recordaba a Catalina Labouré y la Medalla Milagrosa, y a confeccionar un escapulario, que se vinculaba con Simón Stock y el escapulario de la Virgen del Carmen.

Por último, el llamado a la construcción de una capilla o templo, como había sucedido ya en México, en el caso de Guadalupe, o en Francia, con Lourdes; un templo que debía construirse en el campito aledaño al río, en un lugar preciso indicado por María a través del rayo de luz caído del cielo que, no sólo vio Gladys Motta, sino la niña Lorena Pellicciota. Este Templo, que en su diseño guarda cierto parecido con la basílica de Nuestra Señora de Itatí, en Corrientes, cada año muestra signos de avance en su construcción. Para las bodas de plata está planeada la inauguración del sector que está bajo la enorme cúpula. “Vuestra Madre os pide Su morada. No quiero esplendores, quiero sí una casa espaciosa” (mensaje de mayo de 1984). Y hay que tener en cuenta que todo ha sido realizado con el exclusivo aporte de los peregrinos y las donaciones de los feligreses.

Los mensajes de Nuestra Señora del Rosario de San Nicolás, que se extienden desde 1983 a 1990, fueron finalmente publicados en su conjunto con la autorización del obispo, monseñor Domingo Castaña, en noviembre de 1990. En uno de sus primeros mensajes, de octubre de 1983, la Virgen decía: “Amados hijos, necesitados estáis de Mí, es tiempo de rezar, es tiempo de pedir, arrepentíos y se os dará”. “Que mi semilla no sea vana y lo sembrado dé su fruto. Gloria al Eterno Padre”. Y al cabo de los años transcurridos, los frutos son más que evidentes. Cientos de miles de peregrinos que se acercan al santuario todos los años, en especial los fines de semana y los días 25 de cada mes. Conversiones, tanto de gente que abraza la fe, como de quienes vuelven a ella. Curaciones, físicas, afectivas y espirituales. Fenómenos sobrenaturales que señalan la presencia especial de María, tales como el olor a rosas, los rosarios luminosos, el sol girando, o hasta las nubes en forma de paloma posadas sobre la cúpula del templo. Frutos que cualquiera puede observar dándose una vuelta por el santuario, viendo la fe y emoción de los peregrinos al tocar el vidrio que protege la imagen; o que uno reconoce al escuchar las historias de sanaciones debidas a la intercesión de María del Rosario de San Nicolás.

El 25 volverán a sacar la imagen de María del gran templo y la llevarán en procesión hasta el altar que levantarán en el campito. Allá irá ella, con su manto celeste, el velo blanco y el vestido rosa, cargando en un brazo el niño y portando el gran rosario de cuentas marrones. Sonarán las campanas de la iglesia, encenderán petardos y fuegos de artificio, la multitud arrojará a su paso flores y papeles, al tiempo que flamearán pañuelos blancos, pancartas de todo tipo y banderas del Vaticano y la Argentina. Habrá llantos, emociones, aplausos, recuerdos y vítores. ¡Viva María!, será el grito. Y en el aire quedará flotando ese gran misterio de la predilección de María por nuestro pueblo. “¡Hija, a los hijos de este querido país! Yo les daré fortaleza ante las dificultades y los alumbraré con la permanente Luz que brinda Cristo. Que nadie desmaye y que la fe eche raíces en los corazones”. (mensaje de octubre de 1987).

Una mujer obediente a la iglesia y de bajo perfil

Gladys Herminia Quiroga de Motta es una mujer sencilla. Nació en San Nicolás el 1°. De julio de 1937, última hija de ocho hermanos. Su padre trabajó en la fábrica textil de la cercana localidad de "La Emilia", donde ella estudió hasta cuarto grado. Tuvo una educación religiosa normal, de ir los domingos a misa y rezar el rosario en casa, pero lejana a toda formación bíblica o teológica. Se casó a los 21 años con Ricardo Motta, un ex empleado de SOMISA. Hoy tiene 71 años, 2 hijas y siete nietos.

Esta mujer abrió su corazón a María, transmitió sus mensajes y recibió signos visibles de los estigmas del Señor en su propio cuerpo. La primera aparición tuvo lugar el 25 de septiembre de 1983, pero tiempo antes comenzaron las manifestaciones milagrosas. Un rosario, colgado sobre una de las paredes de su casa se volvía luminoso cuando rezaba y mucha gente fue testigo de ello.

Siempre fue fiel y obediente a María y a la Iglesia. A María, transmitiendo sus mensajes que venían acompañados por citas bíblicas, para ella, generalmente desconocidas; e insistiendo en la necesidad de levantar el Templo pedido por la Virgen. A la Iglesia, porque desde un primer momento buscó el consejo de un sacerdote, dejó que distintos profesionales la revisaran y que otros analizaran los mensajes antes de difundirlos. En el medio, una vida llena de pruebas, frecuentes ayunos y oración.

Hoy en día, según varias fuentes, la Virgen se le sigue apareciendo, pero Gladys pasa casi desapercibida, ya que no da entrevistas y sólo reza ante la Virgen por los enfermos y las necesidades de los peregrinos que se agolpan frente a su casa abarrotando el buzón de cartas y pedidos, o los conocidos que la llaman por teléfono pidiéndole por alguien.